

# Un encuentro

Cuando llegué al balneario había poca gente. Había también, al costado de la carretera, una barranca de arena con un gran declive. Yo bajé por la escalera y elegí un lugar apartado en la playa.

El mar no parecía nada, este simplemente, correspondido por la monotonía de un calor pesado y aburrido.

Una mujer gorda quería sostener una toalla en su cabeza, pero enseguida el viento se la arrebataba y le daba mucho trabajo ir a buscarla. Cuando yo cerré los ojos un rato la toalla me cayó en una pierna. Fui amable al dársela, pero no me dio las gracias. Yo pensé que esa mujer se parecía a mi madre, aunque una zana dentro de mí sabía que era mentira y no pensé más en eso.

De vez en cuando alguien daba un grito y se lanzaba dando vueltas o corriendo por la barranca de arena después aparecía el grupo que venía con él.

Las mujeres descargaban los bolsos y sacaban los mates, luego se tiraban en alguna lona para tomar sol, y a mí me desalentaba porque parecía que la playa era un gran patio que se iba llenando de viejas y niños y hombres que hablaban de autos y de las pocas chicas.

Un hombre se metió en el mar enseguida lo tragó una ola; reapareció más lejos, pero muy distante aún de un barquito que parecía de papel por la distancia. Yo me sentía mucho y pensé, mientras la playa se llenaba de gente, que el calor del verano no me ayudaba un poco más a deshacerme, anón mamando, sobre la arena, y bajo la mirada de unos acompañantes de circunstancias.

Al rato había tanta gente que daba lo mismo estar en un lugar que en otro.

Fuse todas mis cosas en el bolso y sin vestirme comencé a caminar por la arena que me quemaba los pies descalzos.

Un heladero caminaba como si hubiera tenido su cuerpo lleno de hormigas, se paraba para vender un helado y continuaba haciendo sonar la campanita.

De pronto alcé mis ojos y la ví, estaba de espaldas con otras mujeres jóvenes.

Me senté en cualquier lugar para mirarla y enseguida comencé a sudar. Adelante de ellas un grupo de hombres jugaba a la pelota, ellos festejaban los tantos con risas cortas y cuidadas. Entonces yo me di cuenta, que ya no era más un juego, que de veras y en serio no podía llamarla y hablar con ella era un pobre perro escapado de su cadena por casualidad y no sabía qué hacer con el encuentro.

Un marinero hacía sonar su silbato para llamar a alguien, parecía que estaba pescando al otro que nada hacia hacia él. La desgracia es una carretera larga por un desierto, sin ningún lugar para descansar un rato. Eso pensaba yo mientras la miraba de espaldas y la duraba, tal vez, desde una impotencia incierta y enfermiza.

Cuando me levanté para irme, pisé la tortita que un niño había hecho con el balde. El se puso a llorar, la madre me miró un momento con una cara de desinterés que me dio espanto, me hizo un gesto para que no le diera importancia, después continuó leyendo, y el niño llorando.

Al subir la escalera me di vuelta para verla pero ni siquiera de espaldas la pude alcanzar con mis ojos. En las duchas sonreí con lástima frente al pequeño espejito de bolsillo. Y estaba realmente triste, tenía unas sinceras ganas de llorar pero no lo hice, hubiera sido como desnudarme el alma delante del otro, de la sombra invisible que yo reconocía, que me había seguido todo el rato por la playa y me había determinado a la pasividad del encuentro.

Cuando caminaba por la carretera en laasca del ómnibus vi a la mujer gorda que había logrado asegurarse la toalla; los niños hacían tortas de arena en el lugar que yo había dejado vacío. Miré una vez más a la multitud. Y ella ni siquiera de espaldas me miraba ahora. Me pareció que todo el mundo se reía a carcajadas en esa playa.

El velero parecía estar cada vez más lejos de los banistas. En algún momento, de cualquier forma, ella se tenía que haber dado vuelta.

Al salir del agua, por ejemplo.

**RAMON LANZIERI**